



CAPITULO VII

El Emperador

EL aviso decía: «Gabinete del Emperador. — Se hace saber al público que las peticiones para audiencia, deberán hacerse los viernes y sábados, personalmente y no por escrito. Se avisa igualmente que las peticiones de socorros deberán hacerse por escrito, presentándolas en el gabinete, y no necesitan para ello, las personas que las soliciten, audiencia de Su Majestad. El Jefe del Gabinete, Félix Eloin.»

Me presenté, pues, en el gabinete, obtuve mi número (el primero de la serie) y subiendo por la escalera del Emperador y pasando por las Galerías de la Guardia Palatina y de Iturbide, aguardé el instante de ser introducida á la real presencia. A las cinco en punto sonó el timbre que anunciaba la llegada del soberano, pasó el chambelán de servicio y un instante después el empleado de la Secretaría

particular, que estaba cerca de la puerta del baluarte, abrió la mampara de raso capitonado que comunicaba con la Galería de Pinturas y gritó con acento alemán:



— Númeo uno... Siñoga Contesa de Migavalle.

Penetré al salón imperial y me encontré á Maximiliano en pie, fumando un cigarrillo apestoso que me hizo toser un corto rato, y rodeado de tres ó cuatro perros galgos

que corrían de aquí para allá. El Emperador vestía levita, pantalón y zapatos grises en que se veían enredadas las anticuadísimas trabillas; no llevaba chaleco, y á la luz del sol muriente que penetraba por la ventana, parecía más delgado y más enfermizo de lo que se me había figurado en Miramar.

— Mi querida señora Ubiarco, dijo adelantándose á cogirme las manos y sin hacer caso de la reverencia que le hice... Gracias á Dios que veo un rostro amigo... ¿Por qué no me habíais venido á ver? ¿Por qué os limitabais á la hora de la mesa, en que estamos cohibidos por la etiqueta?

— Sire, temí molestaros porque teníais unos cuántos días de haber tomado posesión del mando... Y como los principios de un gobierno deben de ser siempre difícilísimos, aun para naturalezas como la vuestra, de estadista y de político...

Maximiliano hizo una señal en que asentía á cuanto yo le hablaba y al mismo tiempo me cortaba el discurso con suma energía:

— Callad, señora, callad, que cabalmente estáis tocando en lo más sensible de la llaga... Este es un país nuevo en todo; pero más en lo que se refiere á la práctica de la administración... No hay de quién echar mano: todos los hombres son ineptos, todos son traidores y todos son ladrones... Tenéis á mis amigos los *cangrejos*: no podéis imagi-

naros torpeza más grande ni desconocimiento mayor de lo que es un gobierno: Felipe II, la inquisición, el absolutismo más horrible, no les asustan ni les afligen; el gobierno en nombre de Dios, el anatema á la libertad y á cuanto tiene relación con ella, las vejeces más desacreditadas y más pasadas de moda se les figuran dogmas que no pueden tocarse sin atraer el castigo del cielo... ¿De qué creéis que me acusan? De no haber adoptado el nombre de Fernando, que es más español que el de Maximiliano; de no poner la cruz sobre el escudo del imperio; de no llamarme Emperador por la gracia de Dios; de haber dicho en voz alta que no volverán los frailes y que se establecerá la libertad de cultos... ¿Cómo querían que introdujera en el país una reacción ciega y brutal que me hubiera atraído aquí la rechifla de las gentes y en el exterior el descrédito y la burla?... Pensad qué se diría de mí en Europa si planteara como principio de gobierno una constitución que parecería retrógrada al mismo Torquemada... Se equivocan los *pelucas viejas* si creen que soy ó me figuro ser el continuador de la obra de los virreyes españoles: yo soy yo y tengo mis planes y mis proyectos, mejores ó peores que los de los otros, pero míos... Los liberales son menos ignorantes, menos incapaces; pero tan presumidos... Quiero gobernar con ellos para probarles que no sirven para nada... Todo el mundo aguarda lo que ha de salir de aquí; todos creen que Maximiliano I se dejará influir por éstos ó por

aquéllos; Maximiliano I tiene su manera de opinar, y ya veréis cómo no se parece á la de Santa Anna, ni á la de Miramón, ni á la de Juárez... Ya me figuro el negocio que traéis: ¿queréis esperaros un poco á fin de que despache á los muchísimos importunos que me aguardan? Ya veréis cómo no os entretengo gran cosa...

— Sire, me honráis demasiado...

Tocó el timbre y apareció el chambelán, que anunció en voz alta á Mr. Custome, riquísimo inglés que venía con el objeto de establecer ferrocarriles en el imperio.

Le preguntó Maximiliano el objeto de su visita, y el *gringo*, que no era corto de lengua, empezó á hablar tratando de hacer patentes las ventajas de su proyecto.

— ¡Oh, sí! le interrumpió el Emperador... Ya conozco vuestros deseos; me los hace presentes S. A. el príncipe de Gales en la carta que ponéis en mis manos; mas es el caso que difiero completamente de vuestra opinión: á este país no le convienen los ferrocarriles de vapor... Las rápidas pendientes, las montañas escarpadas, las planicies cortas y con transiciones bruscas, indican claramente que lo que se ha menester es establecer líneas de ferrocarril de tracción animal... Hay que hacer primero los caminos y luego hay que herrarlos, y no estamos ciertamente para esos primores...

— Sire, articuló el inglesote.

Tocó el timbre Maximiliano, dió por terminada la en-

trevista, el inglés se levantó y entró en seguida un vejete de patillas blancas, limpio, bien criado y con aspecto de hombre rico.

— ¡Ah, Mr. Desbordes; cuánto me alegro de veros!... Sentaos, sentaos...

— Sire...

— Referidme cosas nuevas de París...

— El Emperador...

— No, no os pregunto por él; tengo noticias frescas de mi ilustre aliado y quizás las vuestras no lo sean tanto... ¿Es verdad que en el último Salón hubo injusticias tales, que jóvenes muy aprovechados tuvieron que emigrar buscando un aura de libertad? La corrección académica tiene que ceder, no lo dudéis, ante las ideas de los nuevos, que los hay de muchísimo talento...

— En verdad, Sire...

— Y contadme, contadme del último escándalo...

— No os figuráis, Sire, el horror que causó la muerte de la pobre Mad. Bazaine: muerta envenenada, el amante moribundo, París excitado y el marido empezando apenas á darse cuenta de la catástrofe y de la afrenta que sobre él ha caído.

— ¡Pobre General!... Ya se consolará... Ya trata de consolarse... ¿Y sigue en boga *L'ami des femmes*?

— Tan en boga, Sire, que casi no se representa otra comedia en los teatros.

— Bello ingenio el de Dumas... Pero, soy un tonto: quería ante todo preguntaros por Mr. de Germiny...

— Mr. de Germiny se recomienda á la benevolencia de Vuestra Majestad y me encarga ponga en sus manos...

— No ha de ser de seguro una docena de las truchas que se crían en el vivero de Trébuchy, su riquísima posesión campestre... Buenas truchas, ¿eh?

— Inmejorables, Sire... Mr. de Germiny me encomendó os hablara muy detenidamente del proyecto de banco imperial mexicano...

— ¡Ah, sí, tenéis razón!...

— Que ha sometido á la aprobación de V. M.

— Claro, sí, estáis en lo justo: ya me encuentro al cabo de todo... ¿Y no sabéis quién haya construído esa soberbia *veranda* de Trébuchy? Pocas cosas he visto tan bellas como esa... Las noches de luna, el Loire que parece de plata, las alamedas distantes, el caserío, el mugir de los bueyes... ¡Qué delicia!

— Ciertamente, Sire. Mr. de Germiny, que me aprecia, tuvo deseo de que yo fuera quien...

— Pero, ¿no sabéis quién sea el autor de esa lindísima *veranda*?

— Me figuro que lo sea Garnier, que restauró todo el castillo... V. M. verá en los datos que tengo el honor de presentarle...

— No sabéis cómo deseo una obra semejante para Cha-

pultepec. ¿No habéis disfrutado de la vista del valle de México desde el alcázar de Chapultepec? Es deliciosa; no le cede á lo mejor que haya en el mundo: esta ciudad sucia y fea, los pintorescos alrededores, las lagunas, las praderas, los bosques, parecen paisajes de abanico chino... Ya veréis mi intento de restauración de Chapultepec: tengo interés en que los extranjeros ilustrados admiren ese proyecto, grandioso en verdad... aunque un poco caro.

— Tendré mucha honra en ello, Sire...

— Venid por aquí frecuentemente.

— Sí, vendré; con tanta mayor razón cuanto que deseo explicar á V. M. mi proyecto de banco...

— ¡Ah, sí, vuestro banco, el banco de Germiny! ¿no es eso?

— Sí, Majestad.

— Hablad con Eloin; él discutirá con vos y me pasará lo principal de vuestros planes y lo que hayáis acordado.

— Así lo haré, Sire.

— Sí, sí, hablad con Eloin...

— Escribiré á Mr. de Germiny haciéndole presente vuestra bondadosa acogida.

— Sí, saludadle... y saludad á las truchas de Trébuchy...

A poco apareció un hombrachón alto, colorado, de ojillos azules, de grandes pies y de voz ronca: mascaba tabaco y se parecía como una gota de agua á otra al Jo-



— A poco apareció un hombrachón alto, colorado, de ojillos azules...